

La Miqu



En los tejares resplandecientes de la noche se cobija un fiel maullido oculto entre la cálida y sonriente neblina. En aquel lugar, en medio de rosales y un poco de pajonales se levanta cual felina galante la gata más puchunga jamás vista antes, o como acostumbraban llamarla los vecinos que por allí vivían.

Su pelaje en realidad era todo un torbellino, los churos que entre rizados caían desde sus grandes orejas acompañaban su larga y

enredada cola. Aquella noche como todas las que han pasado, al tocar las nueve en punto la Miau se dirigía rápida y discreta por los curvilíneos andamios de la ciudad.

Las miradas curiosas de los peregrinos indicaban el misterioso escenario donde la felina acostumbraba estar; sin embargo, ella no iba sola, del cielo la acompañaba su fiel amiga, la guía, que alumbraba su bienestar.

Ocasionalmente, se encontraba con pequeñas visitantes que la saludaban e instigaban a cantar, y a veces, aparecían como estrellas fugaces que desempolvaban cualquier sueño viejo y la motivaban a ronronear.

Mientras llegaba a su destino, se podía oler en el aire la brisa fresca cual amante de los viajeros nocturnos pues, inclusive los peces que nadaban extraños y sin rumbo empezaban a jugar, atraídos por la mirada profunda y color chocolate de la miau.

Fue precisamente allá en el muelle donde la gata aventurera se dedicaba a hablar porque era con la luna con quien deseaba quedarse. Observaba sus reflejos en la oscuridad hasta que el ocaso del amanecer tocara las puertas y la invitara nuevamente a soñar.

Autor: Verónica Gabriela Tacuri Albarracín.

Premio: Mención.

Categoría: Estudiantes universitarios.